

El límite del estímulo

**El neoevangélio liberal es una mezcla de triunfalismo, sofisma y pseudolibertad individual. "Con los kits multimedia y la TV. interactiva, el receptor podrá elegir. Se convertirá en un receptor-emisor gracias a la televisión interactiva. Pedid y se os comunicará"*

**Los milagros son ahora la posibilidad de elegir el mensaje y eventualmente influir en él, la expulsión multimediática de los demonios alienantes y la resurrección de la individualidad. El conjuro es: "Masas, abandonad este cuerpo en nombre de Internet".*

La especie de Babel de estímulos que cada día nos invade tiene que alcanzar un punto crítico en algún momento. No significa ésto que las lacrimosas telenovelas venezolanas, elecciones de reinas, debates (de) políticos, artículos periodísticos, ensayos, libros y MTV (no sé cómo puse juntos a estos dos últimos, enemigos irreconciliables como lo denunció hace poco Prieto Castillo) terminarán por provocar una explosión defensiva que nos dejará la mente en blanco. No. Lo que está ocurriendo es un proceso de enmascaramiento mucho más profundo. Todo proceso, como se sabe, tiene velocidades cambiantes. Un

fenómeno macro puede estar compuesto de microrreacciones sociales que actúan como frenos y aceleradores del cambio. La diferencia es que, paradójicamente, la rapidez en esta sucesión de estímulos podría hacer pensar en alguna prisa por llegar a algún lado. La mala noticia es que nos estamos apurando para quedarnos más estáticos que antes (es decir, ahora). En los últimos diez años hemos pasado del acceso democrático a la información, a la dictadura de los medios y luego a la *revolución* de la elección individual*. En eso estamos ahora. El neoevangélio liberal es una mezcla de triunfalismo, sofisma y

pseudolibertad individual: Con los kits multimedia, el receptor podrá elegir. Se convertirá en un receptor-emisor gracias a la televisión interactiva. Pedid y se os comunicará". Los milagros son ahora la posibilidad de elegir el mensaje y eventualmente influir en él, la expulsión multimediática de los demonios alienantes y la resurrección de la individualidad. El conjuro es: "Masas, abandonad este cuerpo en nombre de Internet". Claro, pocos se percatan de que se quiere dejar la casa limpia para que la nueva masa ocupe el lugar.

El eficiente discurso de la Hipermasa
Los marxistas tienen

Javier Méndez Vedia.
Periodista de Sección
Cultural diario "El
Deber".



un interesante concepto para referirse al límite de significaciones que una sociedad puede digerir sin entrar en contradicción con sus particulares intereses de clase: es el concepto de conciencia posible. Según él, para que un grupo social acepte un pensamiento, debe renunciar a sus intereses de clase. Goldmann es más radical; afirma que el grupo debe "desaparecer o transformarse, hasta el punto de perder sus características sociales esenciales". Podría decirse que el Muro de Berlín era una estructura significativa que marcaba el máximo de conciencia posible del pueblo de la ex Alemania Oriental. Una vez derrumbada esta estructura significativa, los alemanes entraron a funcionar con la lógica del marketing y su ilusión de libertad. Fue fácil. Tiendas, dinero plástico, créditos, televisión "de verdad"; empezaron a hacerles creer que sus autos ya causaban vergüenza, como intenta convencernos un anuncio publicitario de estos días (Qué habrá de sentir un pobre peatón, relegado de las ruedas que mueven al mundo). En fin, todas las bondades del capitalismo renano estaban listas para ayudar al vecino, que ingresó mansamente al espacio rodeado de otro muro, tan grande como invisible: el muro de la falsedad de la democratización de la

Lo que nos interesa es destacar la transitoriedad de la actual revolución, que predica el surgimiento de la elección individual. Esa transitoriedad va configurando el tipo de masa del próximo milenio: la hipermasa.

información.

La información no ha sido, hasta hoy, democrática. Ha sido (es) abundante, abierta y caótica. Por algo la palabra caos viene del griego khaos, que significa abertura.

La época de dictadura de la información a la que se aludió puede ser pasada por alto, porque se basó en algunos estudios de la influencia de la televisión en los niños, una mirada de desconfianza a los mensajes subliminales de la publicidad y en algunas lecturas ideológicas de los discursos de los medios que hicieron autores como Verón y Mattelart. No es posible ahondar aquí en sus aportes, ni en los de otros como Beltrán, abanderado de la comunicación alternativa y para el desarrollo, tan de capa caída por estos días pese a algunas medidas políticas que contemplan su recuperación, como la Participación Popular.

Lo que nos interesa es destacar la transitoriedad de la actual revolución, que predica el surgimiento de la elección individual. Esa transitoriedad va configurando el tipo de masa del próximo milenio: la **hipermasa**. Desde ya, me declaro responsable por usar este término, que intenta definir a los individuos que confunden zapping con selección, velocidad de lectura con cultura amplia, títulos académicos con capacidad y espiritualidad con New Age. Además de creerse depositarios de las habilidades orientales y occidentales porque usan sahumeros, leen a Lobsang Rampa y a Von Mises (sin olvidar al patético Mandino, claro está), los integrantes de la hipermasa no saben que lo son. Lo que se entiende como elección individual de los mensajes es apenas la posibilidad de llevar adelante una revolución de ese tipo. La proximidad de la elección es considerada, por la vía de algún consenso cercano a la comodidad, condición suficiente para pregonar la resurrección de la individualidad. Paradoja: la proximidad produce el alejamiento. La falsedad de la democratización de la información no se **vence** con el ejercicio verdadero de la elección de mensajes, sino con la exageración de información. Si no fuera así, todos

deberíamos ser capaces de entender el conflicto en la ex Yugoslavia. Diremos, con Baudrillard, (1) que lo real no se borra en favor de lo imaginario, se borra en favor de lo más real que lo real: lo hiperreal; la presencia no se borra ante el vacío, se borra ante un redoblamiento de presencia que borra la oposición de la presencia y de la ausencia. Este razonamiento debería desnudar el proceso de legitimación del pseudotriunfo liberal, criador de homúnculos convencidos que el celular, la corbata y el automóvil del año contienen toda la poesía necesaria para subsistir. Hablo de los yuppies, señor Fukuyama. (Si alguna vez nos encontramos, le echaré en cara haber convertido a entrañables amigos míos con su lamentable prédica de excelencia, derivada de su empañada visión profética).

El pensamiento de este japonés-norteamericano es por demás conocido, no vale la pena repetirlo. Debe destacarse que la idea del fin de la historia produce claramente -después de una pasajera orfandad ideológica seguida de indiferencia- la sensación de pseudoestabilidad que conduce a rendir culto a la eficiencia, a través del grito de guerra de la excelencia.

No es que la prédica de excelencia esté mal, tiene buenas intenciones y metas específicas. Precisamente por

*La eficiencia
exacerbada es el
disfraz de la
hipermasa.*

tener metas específicas se aleja de la verdadera ciencia. La "filosofía" de la eficiencia considera la realidad como una relación input/output, estable y controlable. La lógica, nada postmoderna, dice que cuando un estímulo dado -que además debe tener orígenes precisos- es introducido al sistema, el resultado debe corresponder exactamente al previsto.(2) Sin embargo la penicilina, los rayos X, la relatividad misma no obedecieron a un mapa previo, sino al trabajo con la paradoja, lo ininteligible y hasta con lo imprevisible. En política internacional ocurre algo parecido: "Si envío cascos azules, la situación entre serbios y bosnios se estabilizará" piensa la ONU; "Si hago pruebas en Mururoa, Francia será respetada en Europa" razonaba Chirac; "Si regalo algunas cosillas, ganaré votos" calculaba algún candidato de celeste candidez. Si el lector se detiene a considerar la panacea del Prozac -química versus angustia postmoderna- y la ridiculez de la fluvoxamina, que pretende curar el consumismo, se verá que éstos son razonamientos positivistas, convencidos de que

todas las variables del sistema están bajo control. En suma, el discurso de la eficiencia-excelencia no es del todo compatible con el actual modo científico de pensar. La eficiencia exacerbada es el disfraz de la hipermasa.

Se ha llegado al punto -en este breve ensayo- en que el lector exigirá una propuesta, una solución a todo este fenómeno finisecular. Puedo remitirlo a otras voces más experimentadas, pero me atrevo a afirmar que el eco es uno solo: el ejercicio militante pero solidario de la interioridad, con todas sus exquisitas fallas, sin levantarse cada día dispuesto a gobernar las emociones como nos aconseja la literatura light. Claro, el extremo de construir un refugio antiestímulos tampoco es aconsejable. Después de todo, como dice la canción, llevamos la bomba adentro ❧

* Es necesario aclarar que esto no se trata de un unplugged de la vieja discusión individualismo-colectivismo. Debe notarse también que el orden usual (dictadura-revolución-democracia) está alterado, lo que demuestra la aparente oposición de los microprocesos con relación al fenómeno que apuntalan. Finalmente, la saturación de democracia puede convertirse en un inicio de dictadura o en legitimación de un estado de falsedad de acceso democrático a la información.

(1) Baudrillard, Jean. Las estrategias fatales, Ed. Anagrama, Barcelona, 1991.

(2) Lyotard, Jean-François. La condición postmoderna, informe sobre el saber, Ed. Planeta-De Agostini, Barcelona, 1993.